

ECONOMIA CAMPESINA Y COMERCIO DE EXPORTACION: EL CULTIVO DE LA PASA EN EL SUR DE GRECIA, 1830-1893

La producción de pasa en el Peloponeso se multiplica por cien en 63 años, evolucionando desde un volumen de 2.400 toneladas en 1830 a otro de 157.000 En 1893. En ausencia de mejoras sustanciales de la tierra o de la productividad del trabajo, este crecimiento continuo no tiene otro origen que la expansión del viñedo y del número de cultivadores. Entre 1860 y 1888, que es cuando los datos comienzan a ser fiables, las cifras concernientes a la producción y a la superficie ocupada por las vides experimentan la misma tasa de incremento: el volumen de la cosecha un 4,50% anual y los viñedos un 4,56%.

Pero el aspecto más característico de esta forma de cultivo fue el aumento del trabajo invertido por unidad de superficie, tanto en la plantación como en el cuidado de las cepas. Siguiendo el modelo de progresiones, la cosecha de 1860 necesitó el 16% de la población de la provincias productoras de pasa, incluyendo los habitantes de las ciudades, mientras que la de 1888 exigió no menos del 35%, empleada **full time**. En otras palabras, el porcentaje de los efectivos demográficos requerido se duplicó en menos de 28 años. A ello debemos añadir el hecho de que la población de las tierras costeras del Norte, Este y Sur del Peloponeso se incrementó entre 1861 y 1888 en un 1,87% mientras que la existente en las provincias no productoras sólo lo hizo en un 0,9%.

La principal cuestión planteada por la investigación que estoy llevando a cabo sobre este tema es la siguiente: ¿de qué manera puede asociarse un fenómeno como la difusión masiva de la viticultura de pasa — fenómeno que implica a la vez un crecimiento cuantitativo impresionante y un proceso de especialización — con el carácter tradicional de la economía y la sociedad griegas en el siglo XIX? Tal cuestión es pertinente porque, en efecto, parece que el nuevo tipo de explotación estaba conectado con una serie de cambios estructurales: difusión de la propiedad privada plena, tendencia hacia la consolidación de las haciendas, intensificación del cultivo de la tierra, acumulación de capital fijo en la agricultura, etc.

Sin embargo, tal vez sea más impresionante lo limitado de las transformaciones, pese a las apariencias. El cambio estructural no fue tan profundo como para afectar las relaciones primarias de producción. Aún en el caso de las grandes explotaciones, de propietarios no campesinos, las pasas continuaron siendo producidas por explotadores campesinos mediante contratos de *aparcería*. Es decir, donde podría esperarse la aparición de relaciones de producción capitalista o, en general, de procesos más sólidos de acumulación de capital, acaba por descubrirse que ambas tendencias faltan por completo.

La obtención de uva pasa era una actividad cara, especial-

mente en términos de capital fijo. La plantación de cepas, en primer lugar, representaba una inversión a largo plazo: suponía la disponibilidad de considerables cantidades de inputs de tierra, trabajo y capital, las cuales solo se remuneraban después de bastantes años. La vid no comenzaba a dar fruto sino cinco años después de su plantación, pero dicho fruto solo era aprovechable a los siete y no alcanzaba el pleno rendimiento antes de los diez o doce.

Estos requerimientos de capital eran muy pesados para una agricultura que solo disponía de formas rudimentarias de crédito. Los préstamos a largo plazo no estaban disponibles. La forma más difundida eran los anticipos sobre el cultivo, concedidos por comerciantes, casas de exportación y por el Banco Nacional, cuya duración solía ser de nueve meses, de noviembre a agosto. Su objetivo exclusivo consistía en proporcionar liquidez para financiar el cultivo de un año. Tanto los comerciantes como el Banco insistían en ser totalmente reembolsados (en especie o en dinero) inmediatamente después de la cosecha y, si era posible, a principios de agosto. La razón era clara: cuando las pasas estaban secas y listas para ser embarcadas, había gran necesidad de capital para comprar la mayor cantidad de fruto posible. Sin embargo, los explotadores no podían devolver con facilidad a sus acreedores el dinero recibido, especialmente si lo habían invertido en plantar nuevas cepas, que solo serían rentables bastantes años después.

Esta sería coitradicción entre las exigencias de crédito a largo plazo y la oferta exclusiva de dinero a corto plazo pesaba sobre las fortunas del sector y acabó inspirando soluciones financieras no siempre sólidas ni económicamente racionales. En primer lugar, los beneficiarios exclusivos del tipo de préstamos descritos, concedidos por el Banco y los comerciantes de Patras, eran los notables locales que constituían familias ricas y poderosas. Solo los individuos de este grupo social, cuya riqueza y prestigio despertaba confianza, recibían créditos, lo que constituía una ventaja importante sobre el campesino, cultivador directo del suelo. El rico local, pues, poseía el control del mercado de dinero interno y obtenía términos extremadamente favorables para la utilización de sus fondos, fuesen propios o prestados.

Pero, por otro lado, estos notables se veían obligados a convertir los anticipos a corto plazo concedidos por el Banco y la casas de exportación en créditos de larga duración, debido a las necesidades del cultivo de la pasa. Esta conversión se llevaba a cabo de diversas formas. Por ejemplo, el dinero se proporcionaba para facilitar capital circulante a los vinateros, por lo general ricos, pero éstos lo comprometían a largo plazo al prestarlo a los campesinos. Incluso, en ocasiones, ellos mis-

**ECONOMÍA CAMPESINA Y COMERCIO DE EXPORTACION:
EL CULTIVO DE LA PASA EN EL SUR DE GRECIA, 1830-1893**

24 inos lo gastaban, esperando que los beneficios de la inmediata cosecha les permitiría devolverlo, sobre todo si era abundante y los precios tendían al alza. Sin embargo, el mecanismo principal de conversión no era otro que la proclividad del Banco y los precitados comerciantes a renovar los créditos de cultivo varios años sucesivos. Muchos propietarios se limitaban así a pagar anualmente los intereses y a incrementar las hipotecas que garantizaban sus deudas.

Soluciones similares a las descritas acabaron por hacer muy vulnerable la posición de los notables locales ante las vicisitudes de la coyuntura. Mientras los precios fueron altos y el comercio vivió en un ambiente de euforia, los acreedores no fueron estrictos en la demanda de devolución de los fondos anticipados. Sin embargo, en las coyunturas depresivas, cuanto todos corrían riesgos y habían pérdidas, los embargos de propiedades — habitualmente explotaciones vitícolas o inmuebles urbanos — constituían una grave amenaza.

Para emplear de manera provechosa el capital en el cultivo de la pasa, los notables locales tenían que montar explotaciones sólidas y bien organizadas. Esto no significa que abandonen su querida ocupación tradicional, consistente en el tráfico de dinero y la usura. Lo que hacen es construir sus propias redes de crédito y entregar sus fincas a un arrendatario seguro e incondicional, el cual supervisaba los trabajos en los campos y permitía combinar el beneficio con la renta.

La venta de los «Bienes Nacionales» proporcionó a los ricos locales y a las familias poderosas una excelente oportunidad para colmar su ambición de establecer explotaciones vitícolas grandes y sólidas. En la pequeña ciudad de Amalías, el 60% de las fincas distribuidas fueron adquiridas por miembros de los indicados grupos sociales. Y si tomamos en consideración las coinpras de segunda mano, que según todas las apariencias constituyeron una práctica muy extendida, dicho porcentaje puede alcanzar niveles extremadamente altos. Así, algunos individuos importantes del pueblo reunieron hasta 80 Has. en lotes de 3 Has. y a menudo de 20 ó 30.

La forma más extendida de comenzar la explotación consistía en la conclusión de una serie de acuerdos de plantación con familias campesinas: los propietarios cedían la tierra y contribuían monetariamente a los gastos. Dicha contribución tomaba a menudo la forma de préstamo sin interés o con uno muy bajo. En cuanto al canipesino, asumía la responsabilidad de la plantación y del cuidado de las cepas, así como de los tratamientos especiales, durante cinco años, hasta el momento en que alcanzaba un nivel determinado de desarrollo. Una vez llegado ese momento, se procedía a dividir el viñedo en dos partes iguales: una pertenecía al propietario original y la

otra al explotador directo. Si éste no había reembolsado a aquel del anticipo recibido inicialmente, su parte permanecía como prenda en manos del acreedor hasta que se procediera a la devolución total del dinero.

Este sistema ha constituido la principal vía de acceso a la propiedad vitícola por parte del canipesino. Las cifras disponibles sobre la proporción de viñedos pertenecientes a propietarios no campesinos apuntan a algo más de la mitad de la superficie plantada de viñas, estimación que procede de las realizadas por las siicursales del Banco Nacional de Grecia.

El hecho de dividir las nuevas plantaciones en dos partes puede ser considerado también como un paso adelante en el camino hacia la propiedad plena, sobre todo si se compara con el viejo sistema de la enfiteusis, aún existente en las Islas Jónicas. Tal práctica comportaba múltiples derechos sobre la tierra, y en consecuencia una relación permanente, estricta y compleja entre el propietario original, el plantador y el viñedo. Por el contrario, los contratos de plantación predominantes en el siglo XIX en el Peloponeso occidental desembocaban en unos derechos de propiedad plenos e incondicionales. Los propietarios podrán elegir libremente al cultivador y la forma de cultivo de sus viñedos.

Sin embargo, el procedimiento de transformación conectado con la rápida expansión del monocultivo de la pasa no alteró su carácter predominantemente campesino. La explotación de las haciendas de gentes de la ciudad se hacía por medio de aparceros y se empleaban jornaleros solo durante los periodos de mayor trabajo, la cava al final del invierno y la vendimia en agosto.

Desde el punto de vista de los propietarios de explotaciones individuales, los contratos de aparcería eran la solución más razonable para el problema de una oferta de trabajo defectuosa y cara. Los asalariados eran muy escasos, excepto en los periodos en que acudían migraciones estacionales desde otras regiones; las remuneraciones eran altas y tenían tendencia a subir. En una palabra, no existía un mercado real de trabajo en el moderno sentido del término.

Por otra parte, la verdadera estructura del cultivo vitícola tal como se practicaba en el Peloponeso durante el siglo XIX estaba calcada sobre las características y las ventajas comparativas de la explotación campesina. Una evolución hacia la agricultura capitalista apoyada en el trabajo asalariado hubiera requerido cambios radicales en las técnicas de cultivo e inversiones más altas en términos de capital. Sin olvidar que la economía campesina familiar estaba mejor adaptada a la inestabilidad característica del comercio de la pasa. Sus costes de reproducción podían ser «reducidos» en los periodos de pre-

cios bajos por medio del repliegue hacia el autoconsumo. A la inversa, la ausencia de un mercado de trabajo unificado hacia los salarios altamente inelásticos. Resultado: los propietarios evitaban asumir el riesgo de los inflexibles costes de cultivo, prefiriendo llegar a un acuerdo con los campesinos aparceros.

El campesinado del Peloponeso no tenía razones particulares para buscar los empleos en dinero —salvo si los salarios eran lo suficientemente altos. Los miembros de dicho grupo social preferían con frecuencia no verse obligados a vender su fuerza de trabajo en el mercado para vivir, lo cual era posible porque había tierra disponible y la población era escasa. Ello les permitía acceder a una explotación propia, especialmente en el caso del viñedo, por lo que no se veían motivados a abandonar la seguridad que ofrecía la posesión de sus propios medios de producción.

Por consiguiente, solo una mayor estabilidad del mercado de pasas y la disponibilidad de crédito a largo plazo, con tasas de interés bajas hubieran podido facilitar el establecimiento de un proceso más sólido de acumulación de capital productivo. Ahora bien, estos factores estaban ligados esencialmente a las elecciones estratégicas del capital mercantil.

En efecto, la estabilización del comercio fue hecha posible porque la viticultura especializada era un monopolio natural del Peloponeso y porque su comercialización había sido la obra de una red altamente estructurada y jerarquizada de mercaderes. Pero estos intermediarios no estaban interesados en la racionalización del mercado del fruto en cuestión. La forma de ejercer su actividad era muy oportunista y estaba dominada por el deseo de obtener grandes beneficios. Es decir, sus elecciones en lo concerniente a riesgos consistían pura y simplemente en traspasarlos a los propietarios y cultivadores.

En 1893, tras casi seis décadas de expansión ininterrumpida, la actividad económica que nos ocupa atravesó una severa crisis de sobreproducción. Posteriormente el sector no se recobró, y las provincias dedicadas al monocultivo conocieron un prolongado declive. Es decir, el proceso de acumulación de capital productivo en la agricultura se revela, en este caso como en otros, extremadamente vulnerable a las circunstancias cambiantes. La sociedad campesina proporcionó, por el contrario las bases más sólidas y duraderas del proceso de transformación incitado por el crecimiento vitícola. Sin olvidar que las redes de comerciantes oligopolistas, aunque sufrieran pérdidas sustanciales, sobrevivieron a la crisis y conservaron intacto su liderazgo, perpetuando su estricto control sobre la economía local.

Como conclusión de este breve trabajo, me gustaría sugerir la existencia de un extraño paralelismo entre la economía cam-

pesina y el capitalismo mercantil en su versión griega del siglo XIX. Ambos eran capaces de sufrir las coyunturas más adversas, desempeñando su función en condiciones de alta inestabilidad y riesgo. Con la diferencia de que el capital mercantil, al buscar el beneficio, contribuyó a la creación de un contexto económico inestable, mientras que las familias campesinas concentraron simplemente sus esfuerzos en sobrevivir.